

ALCOHOLISMO

Entre los temas que preocupan hondamente al pensador contemporáneo, sea sociólogo, jurista, gobernante o médico, es el alcoholismo, sin duda, uno de los principales.

Ello obedece a que en el último siglo hemos visto el incremento irresistible del consumo de bebidas alcohólicas, conocidas por el hombre desde la aparición de las primeras civilizaciones y motivo, desde entonces, de repetidas intervenciones de sacerdotes, sabios y legisladores, quienes en sus códigos y manuscritos, lo mismo en India que en Persia, China, Palestina, Egipto y Grecia, dejaron numerosas referencias de las medidas empleadas para luchar contra el abuso de esas bebidas.

Esa lucha secular se ha prolongado hasta ahora y la Prohibición en los Estados Unidos de Norteamérica, mantenida a nivel nacional de 1920 a 1933, ha sido vista como el mayor experimento social de los tiempos modernos.

¿Cuáles han sido los resultados de esos ingentes y sostenidos esfuerzos? Todo nos indica que sólo hemos alcanzado fracasos de las mismas proporciones. Ni las leyes, ni las religiones, ni la Medicina han logrado resultados de consideración, salvo excepciones que confirman la regla. Tal es la actual organización internacional de los Alcohólicos Anónimos, fundada en Nueva York en 1935 gracias a la afortunada conjunción de excelentes principios médicos con factores psicológicos y sociales, como lo dio a conocer, a lo largo de sus extraordinarias actividades, uno de sus fundadores, el ingeniero neoyorquino Bill W., como se hizo llamar siempre y como ahora lo recordamos para hacer honor a su epónimo anonimato, —valga la antítesis— tan sagazmente establecido como una de las características de su asociación.

Salvo esas excepciones, en nuestra época —como ya se apuntó— nada puede frenar el uso y el abuso del alcohol, que alcanzan proporciones no conocidas antes, muy probablemente como consecuencia de los hechos históricos. El primero, el descubrimiento de la destilación, inicialmente del vino, luego de otras bebidas alcohólicas y más tarde de todo lo que contenga almidón o azúcar. Mediante este artificio, hombres como Armando de Vilanova en el siglo XIII, aislaron el *espíritu de vino* llamado también *alcohol* por su volatilidad o sutileza y *agua de la vida* por sus propiedades, que el pensamiento mágico, predominante en esas épocas, calificó de divinas o sobrenaturales y les atribuyó posibilidades de incrementar y prolongar la existencia humana.

Las viejas propiedades del vino y de todas las bebidas similares que el hombre fabricó y utilizó tan universalmente como el pan o como la leche, aparecieron multiplicadas, acrecidas en esos nuevos *espíritus* o aguas ardientes, también llamadas así tal vez no sólo por su sabor, sino porque habían aparecido al conjuro del fuego, al ardor de las llamas. . .

Cuando la producción y el consumo de esos productos extraordinarios había llegado a generalizarse, ocurre el segundo de los hechos históricos aludidos. La civilización o sus focos preponderantes, emigran hacia el norte, hacia los países de esos ejemplares de la raza humana rubios como su sol septentrional, blancos y fríos como sus llanuras cubiertas de nieve. Para ellos fue el gran bienvenido ese espíritu del vino que les daba calor y alegría en sus frías y húmedas noches y fue también explicable la mayor inclinación a su consumo y la más acusada posibilidad de su abuso; son en efecto las culturas occidentales mucho más proclives al alcoholismo que las orientales y es también coincidente con este fenómeno, la aparición del primer libro sobre la intemperancia alcohólica en Edimburgo, a principios del siglo XIX, cuando Inglaterra vivía, con la locomotora y el barco de vapor, los primeros triunfos de su gran civilización industrial.

Desde entonces, paralela con el auge de esta nueva cultura, hemos visto la difusión del alcohol, de su abuso desesperado y desesperanzado.

Pero no exageremos; junto a ese abuso está el uso universal del vino y de todos los licores y este es el punto de partida de nuestras dudas, porque el alcohol, privado de ese nombre oriental que suena enigmático y fascinador como son los ojos de las mujeres árabes pintados con *Al-kohol*, el finísimo polvo negro que por su volatilidad le dio su nombre, y cubierto con el apelativo tal vez más noble de vino, derivado de vid y consonante con vida. . . éste y otras bebidas semejantes han acompañado al hombre durante muchos siglos, lo mismo en sus alegrías que en sus solemnidades o en sus ritos y libaciones religiosas o ceremoniales; han sido remedio y por ello privilegio de grupos médicos como el Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo, que tuvo entre sus canónjías el monopolio de fabricar y vender *acqua vitae*. En casi todas las épocas y lugares ha ocurrido la reunión del vino con los festejos, con las risas y las miradas chispeantes; estar achispado es como estar alegre, iluminado por la felicidad y el bienestar. . . Pero unos pasos más y todo este cuadro luminoso y colorido deja su lugar al eclipse de la conciencia y el ingenio; aparece la ebriedad y con ella las bajas pasiones, la brutalidad y la sordidez. El hombre pierde su dignidad, su alegría y su libertad porque ha sido dominado por el alcohol.

¿Pero es ésta una verdad literal? Tal vez no, y tal vez por ello no hemos acertado a resolver el enigma; tal vez por eso la Medicina, hoy como siempre recita una vez más su larga experiencia de síntomas, lesiones y muertes terribles; lo mismo amedrenta que aconseja o aplica procedimientos o fármacos diferentes como lo ha hecho durante siglos, todo sin resultado, como siempre.

La secular repetición de estos hechos sugiere la posibilidad de que, como en tantos otros casos, hayamos sido víctimas de un espejismo. Hemos acosado al alcohol como a un enemigo, como si fuera un flagelo demoníaco que persigue a la humanidad, la hace su víctima y la destruye.

Es posible que no exista tal enemigo, pues ya hemos visto cómo fue el hombre quien lo descubrió y quien lo transformó, asociándolo con el fuego. Tal vez tenemos aquí la clave de nuestro problema y es dentro del hombre, en su corazón —como se dice para referirse al núcleo, el *core* o *cuore* de la persona— o en su intimidad, si prescindimos de las ubicaciones de su conciencia, es allí en donde hay que buscar los móviles o las razones del trastorno así como las del uso adecuado de los licores.

Aquel que vive satisfecho y equilibrado en su mundo, por complicado que éste sea, utilizará el alcohol como lo hace con sus caballos o con sus aficiones, para divertirse, para gozar de la vida.

Pero quien está mortificado por la angustia, la inseguridad o el dolor y la incomprensión, abusará del alcohol con la misma irreflexión con que lo puede hacer de las drogas o de la violencia y acabará por ser víctima de cualesquiera de esas formas de fuga de su emocionalidad perturbada.

No persigamos más a los supuestos fantasmas; no es fuera del hombre sino dentro de él, en su horror a la soledad, en donde están las respuestas, tanto para los ancestrales sacerdotes, sabios y legisladores como para los juristas o los médicos contemporáneos. Pensando generosamente en él, podremos descubrir los secretos veneros de su inconformidad, de su anhelo de libertad y de comprensión, de solidaridad y de amor; olvidémonos de nosotros, pretendidos curadores o aliviadores del dolor humano y tengamos presente que como hombres caemos también en la ebriedad, y no sólo con el vino, también con el Fáustico mito que nos hace creer que lo curamos todo. En fin, recordemos una vez más la severa admonición de Nietzsche:

“Médico, cúrate a tí mismo: así curarás también a tu paciente. Permítele ser su mejor ayuda; hazle ver con sus propios ojos todo lo que él puede hacer por sí mismo. . . .”

“Hay mil caminos aún desconocidos y millares de ocultas islas de salud y de vida. . . despierta y escucha. . . los solitarios de hoy, los que están apartados, formarán un día un grupo y un pueblo selecto puede surgir. . . en verdad la tierra podrá ser pacífica. . . un nuevo aroma se esparce, un aroma que trae alientos de salvación. . . y una nueva esperanza. . .”.

RUBÉN VASCONCELOS

Por tercera vez, conforme a las prescripciones del reglamento, dejo este puesto de honor, en que sólo he tenido motivos para engreirme más y más con la benévola estimación de mis consocios; y al verificarlo, comienzo por dar las gracias y por felicitar al pequeño grupo de éstos que, por su constancia y por su aliento en los trabajos a que consagramos nuestras reuniones, han sabido mantener en ellas aquel espíritu de animación y aun de entusiasmo que dieron tanto atractivo a nuestras primeras conferencias. Han comprendido bien, que si el espíritu de asociación es la base de un progreso rápido y seguro en las empresas, su necesidad es mayor en el cultivo de las ciencias, y todavía más en el del vasto conjunto de las que abraza nuestra profesión. La historia de los dolores y de las flaquezas de la humanidad, además de estar íntimamente enlazada con la historia entera de la naturaleza, comprende un número apenas calculable de hechos variados casi al infinito; y aquel la conoce mejor que, familiar con las ciencias naturales, abarca un número mayor de tales hechos y de las diversas condiciones con que se presentan. Y ¿quién puede jactarse de abrazar con solo sus esfuerzos personales, no ya todo el conjunto, pero ni uno solo hasta apurarle de los ramos que cultivamos? (Jiménez, M. F.: *Clausura del Año de 1870*. GAC. MÉD. MÉX. 6: 33, 1871).